

Reunión de Especialistas

Futuro de las familias y desafíos para las políticas públicas

Mesa redonda: El futuro de las familias

CEPAL, 22 y 23 de noviembre 2007.

FAMILIAS Y TRAYECTORIAS FUTURAS

Catalina Wainerman¹

En mi exposición me concentraré en un aspecto de las familias, el que se deriva del contacto entre el mundo familiar y el laboral; más especialmente, en la división del trabajo intrafamiliar entre cónyuges. Lo haré desde la perspectiva según la cual la división del trabajo en nuestras sociedades ha funcionado y funciona simultánea e indisolublemente en dos instancias –laboral y familiar- y por lo tanto no se puede estudiar el lugar de los hombres y las mujeres en la una y la otra de manera disociada. Cuando ambas instancias se tratan en sus relaciones recíprocas lo que se plantea más que la determinación de la una sobre la otra es la articulación entre la una y la otra, lo que trae a la escena los vínculos entre el trabajo económico y el no económico, las relaciones de género en el mundo del trabajo y de la familia (cf. Barrere-Maurisson). Si bien cada esfera se rige por sus propias normas, participan de una misma lógica que atribuye lugares y roles específicos marcadamente diversos a las mujeres y a los varones.

El aumento de la participación de las mujeres en mercado de trabajo que tuvo lugar en los 60 en los países desarrollados y algo más tardíamente en países de la región, como es el caso de la Argentina, sirvió de motor para cuestionar la ancestral separación en el tratamiento del mundo público y del mundo privado. En especial el aumento de la participación económica de las mujeres casadas y unidas, madres de familia, junto a la pérdida del empleo de los varones, especialmente los jefes de hogar, acompañada por el aumento de las separaciones y divorcios, de los hogares monoparentales y de los encabezados por mujeres jefas de hogar, son algunas de las transformaciones sociales a las que asistimos en la historia reciente, motorizadas por cambios de valores que cuestionan las definiciones de género.

Estas transformaciones plantean un interrogante nuevo. Mientras los mundos público y privado estaban organizados en función de una estricta segregación genérica no parecía necesario ni pertinente preguntarse por la equidad. Ahora sí hay razones para reclamar un análisis sobre la equidad o inequidad entre las mujeres y los varones no sólo en lo que respecta a la vida puertas afuera, en el espacio público y productivo. También a preguntarse más puntualmente hasta qué punto la expansión de la participación de las mujeres en la esfera laboral ha sido acompañada por una equivalente de los varones en la esfera doméstica, en las tareas del hogar y de la crianza de los hijos.

Voy a responder la pregunta desde lo que ocurre en la Argentina. Con más o con menos, es una situación válida –hasta donde tenemos datos- para otros países de la región, además de otras sociedades tan disímiles como Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, México, Suecia, China, Rusia o Sudáfrica.² La respuesta, en general consensual, es que las mujeres siguen dedicando en promedio más horas que sus cónyuges al trabajo doméstico, aún en los casos en que participen del

¹ Universidad de San Andrés, Buenos Aires, Argentina

² Ver, entre otros, Batthyány (2007); Coltrane (2000), quien revisó más de 200 investigaciones sobre el trabajo doméstico publicadas entre 1989 y 1999; Dunn (1997); Durán (1988); García y de Oliveira (2006); Hass (1993); Hood (1986); Morris (1990); Ramos Torres (1990), Rendón (2002); Salles y Tuirán (1997); Szinovacz (1984), Warshovsky y Lapidus (1988); Wainerman (2005); Zang y Farley (1995).

mercado de trabajo a tiempo completo como ellos lo que, frente al aumento de mujeres “doble rol”, ha extendido la inequidad en el trabajo entre mujeres y varones.

Evidencias de lo dicho, para el Área Metropolitana de Buenos Aires pueden encontrarse, entre otras, en la disminución de la frecuencia de hogares nucleares completos de tipo patriarcal, con un único proveedor (varón) y esposa ama de casa, que pasaron de ser el 74,5% de todos los hogares nucleares completos con hijos en 1980 a 68,9% en 1985, a 63,2% en 1991, a 59,5% en 1993, a 55,9% en 1995, a 53,7% en 2001, al tiempo que los hogares de dos proveedores (ambos cónyuges ocupados o desocupados buscando trabajo) casi se duplicaron entre 1980 y 2001 de 25,5% a 46,3%.³ Tendencias similares se reiteran en hogares de distintos sectores socioeconómicos, en distintas etapas del ciclo familiar, es decir, con hijos pequeños, adolescentes, jóvenes. También se reiteran en la población urbana de otras regiones de la Argentina, más allá del Área Metropolitana de Buenos Aires, el polo más modernizante del país. Y también en otros países de la región (cf. Arriagada, 2007, cuadro 2).

Para indagar acerca del grado de equidad o inequidad en la división del trabajo doméstico entre cónyuges y si el mismo es sensible a que las mujeres participen o no del trabajo en el ámbito laboral, contamos con los resultados de dos estudios realizados entre 2000 y 2006, que incluyen información sobre hogares nucleares actuales y sobre hogares de la generación anterior -de los progenitores de los cónyuges actuales (Wainerman, 2005 y Benza, 2006). Investigamos cómo organizan el cuidado de la casa y de los hijos las parejas conyugales de sectores medios con altos niveles de educación y de sectores bajos, extremadamente cadenciados, en hogares de un único proveedor varón (“patriarcal”), una única proveedora mujer (“matriarcal”) y en hogares de dos proveedores. El indicador de equidad-inequidad que utilizamos fue el “grado de participación de los varones” ya que las mujeres no tienen opción real. Sea como ejecutoras o como responsables de las tareas que delegan en otros, ellas son las *prima donna* de la escena. Los varones, en cambio, siguen teniendo, como han tenido históricamente, la “opción” de participar o no y, en caso de hacerlo, en qué tareas y en qué grado.

El “grado de participación promedio” en la reproducción *cotidiana* mide la combinación entre el número de tareas y la porción de cada cual de ellas que realizan los varones en una escala de 0,0 (no hace “nada” de ninguna de las actividades) a 4,0 (hace “todo” de todas las actividades). Las actividades domésticas *cotidianas* del cuidado de la casa son: cocinar, lavar los platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa, planchar y hacer las compras. Las del cuidado *cotidiano* de los hijos son: cambiar pañales, alimentarlos, bañarlos, vestirlos, decidir qué ropa han de usar, hacerlos dormir, controlar que se cepillen los dientes, el consumo de TV, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes, y reprenderlos cuando hace falta.

El panorama no es muy alentador. En el total de los hogares de sectores medios y bajos, de un proveedor (varón) y de dos proveedores (excluidos los hogares de un proveedor mujer), el manejo cotidiano de la casa es una empresa de las mujeres, algo más compartida cuando se trata del cuidado de los hijos. Es decir, la inequidad entre cónyuges es un algo menor en el espacio de la paternidad que en el de la conyugalidad. El varón promedio participa apenas en un décimo de la totalidad del trabajo cotidiano de la casa (0,44 sobre 4,00) y cerca del doble, en un veinte por ciento, del cuidado cotidiano de los hijos (0,79 sobre 4,00). La situación se reproduce en ambos sectores socioeconómicos en términos muy generales. En los mismos términos la inequidad también se reitera entre los hogares de dos y de un único proveedor (varón). Hay, sin embargo, algunas diferencias: la mayor participación masculina ocurre entre los hogares de sectores medios en el ejercicio de la paternidad.

La inequidad de género en el trabajo doméstico entre cónyuges ha tendido a explicarse a partir de diferencias en los recursos de que disponen o aportan al hogar unos y otras (Aldous et al., 1998; Blood y Wolfe, 1960; Casper y O’Connell, 1998; Greenstein, 2000; Meil, 1999, entre muchos otros). Uno de los recursos es *económico*. Se asume que las calificaciones de ellas son en general menores que las de ellos, lo que las llevan a desempeñar trabajos de menor remuneración y que, aún a igualdad de capacidades, ellas reciben remuneraciones menores que ellos para puestos iguales. Otro de los

³ Datos de la Encuesta Permanente de Hogares, cf. Wainerman (2007, pp. 160-161).

recursos es el *tiempo*. Entre las mujeres que salen a trabajar es frecuente que más lo hagan por menos horas que sus cónyuges (a medio o un tercio de tiempo), lo que justificaría la menor disponibilidad de tiempo de ellos para las tareas domésticas. Me voy a concentrar en el segundo argumento el que queda desbaratado frente a evidencias provenientes de hogares de dos proveedores en los que ambos cónyuges trabajan a tiempo completo y la inequidad de la división del trabajo doméstico persiste (cf. Wainerman, 2005, cuadro 4.10). También queda desbaratado en la situación más extrema de los hogares de un proveedor único mujer, cuando sus cónyuges están desocupados o son inactivos.

Si bien es cierto que disponemos de evidencias de un conjunto de hogares de sectores bajos que muestran que la participación de los varones en el trabajo doméstico se incrementa cuando sus cónyuges salen a trabajar y ellos no, aún en estos casos, ellas siguen siendo las principales proveedoras de mano de obra al trabajo doméstico, además de al productivo. Sólo a título de ejemplo van unas pocas cifras. En tareas del mantenimiento de la casa la participación promedio de los varones aumenta en los hogares en los que son proveedores únicos respecto a cuando comparten la provisión económica (dos proveedores) a cuando son las mujeres las proveedoras únicas. Así, cuando se trata de cocinar, el grado de participación promedio de ellos aumenta de 0,52 a 0,64 a 1,61 mientras la de ellas disminuye de 3,34 a 3,24 a 2,00. Lo mismo ocurre con el lavado de los platos, tarea en la que los varones en promedio participan en los tres tipos de hogares mencionados 0,26, 0,44 y 0,83 y las mujeres, 3,04, 2,52 y 2,11, la pauta es similar cuando se trata del cuidado de los niños.

En suma, el aporte diferencial de recursos económicos y/o de tiempo no alcanza a explicar más que en parte la inequidad en la división por género del trabajo reproductivo. Los valores culturales que naturalizan los roles de mujeres y de varones en la división del trabajo tanto productivo como reproductivo, ejercen un efecto más intenso que las condiciones materiales. Tal es la fuerza de la ideología de género, una que hace que la expansión de la participación de las mujeres en el mundo del trabajo productivo no haya sido acompañada hasta ahora por una equivalente de arte de los varones en las tareas del hogar y la crianza de los hijos.

Una nota de optimismo colorea la conclusión anterior. La situación actual en los hogares (sectores medios) es más equitativa que en los hogares de la generación anterior, que formaron y criaron sus familias en los años setenta. Casi sin excepción algunas de las “abuelas” entrevistadas coinciden en que la equidad es los hogares de sus hijas/os de hoy es mayor; también en que la propia era sustancialmente mayor a la que existía en sus hogares de origen, los formados en los 40 y 50. Nuestras observaciones de los *comportamientos* que nos relataron coinciden con las *percepciones* sobre las que nos informaron. La nota de optimismo se acentúa ante la constatación de que la participación de los varones en la conyugalidad y la paternidad se ha extendido más intergeneracionalmente entre los hogares de los sectores bajos, generalmente más tradicionales y abroquelados en visiones de género más segregadas.

En conclusión, hacia el futuro es posible anticipar que los hogares de dos proveedores seguirán aumentando, muy probablemente que los hogares con jefatura económica femenina también, y también los hogares monoparentales, producto de la creciente tendencia a las separaciones, divorcios, adopción de hijos de mujeres que prefieren ser madres solas, etc. Esto significa que las necesidades de articulación entre vida familiar y laboral crecerán y que afectarán a más y más hogares. Cuando el problema era de pocos, cada mujer, cada pareja y cada hogar se las arreglaban a su manera, creando estrategias de arreglos individuales. Cuando el problema se extiende a muchos hogares, se convierte en una cuestión social y, como tal, demanda políticas de Estado para su solución de manera de contribuir a paliar las condiciones de vida de “equilibristas” y “malabaristas”, como las nombran Martínez Franzoni y Camacho (2007). Se necesitan tanto políticas “secuenciales” como “de cambio de roles” como de “derivación”, como sugiere Durán (2004, según Franzoni y Camacho, 2007). En todos los casos las políticas de Estado han de enfrentarse con la necesidad de revertir la situación de inequidad actual y con la que se seguirá dando de modo creciente entre más y más mujeres y hacerlo tomando en consideración que los conflictos derivados de la articulación familia-trabajo afectan diferentemente a mujeres y a varones, y que afectan, además a todos los miembros de la familia, entre

los cuales se cuentan también los niños y los adultos avanzados, cada vez más frecuentes en poblaciones con esperanza de vida creciente.

Para que estas políticas sean útiles, se necesita alimentarlas con el conocimiento proveniente de mucha más investigación de la existente hasta el momento. Investigación sobre la división del trabajo doméstico en hogares de dobles proveedores, tanto en los “reales” como en los ensamblados (cuya problemática es diferente), también en los de un único proveedor mujer, en los monoparentales, etc. Resulta indispensable moverse de la unidad individuo a la unidad pareja conyugal y a la unidad hogar para conocer más válidamente el funcionamiento de la división del trabajo intradoméstico.